

formaban el círculo selecto, porque en torno a él se sentía ya la presión de los innominados, junto con aquel rumor del subsuelo que percibía el oído milagroso de Martí.

Con la república, el círculo se rindió, y vino la invasión. La crónica, entonces, se tornó francamente inclusiva, hospitalaria. Era parte de una prensa jubilosamente democrática, y sentía como tal la necesidad de allanarle a la muchedumbre apoderada el acceso de los salones. Esa muchedumbre estaba compuesta de todas aquellas gentes a quienes la nueva orientación política, económica y hasta psicológica había dotado de oportunidades. La Historia enseña que, en estas transformaciones, el elemento de ocupación aspira siempre a adoptar los modos de la clase dominante despazada, tan pronto como se serena el turbión. Añádase a eso que la nueva burguesía de tipo popular necesitaba conocerse y cohesionarse, hacer su propia estadística, sentir su peso, ver reconocido su derecho a la saloniá. La crónica sirvió a ese menester histórico.

Lo sirvió con todo lo que esa servidumbre implicaba. Acatamiento del número. Redención del anónimo social. Obsequiosidad suma. Individualismo. Improvisación. Mientras más se reflexiona, más se encuentra en esta última palabra la clave de toda nuestra primera época republicana. Fué la época de la improvisación en todo. La República misma, ganada en treinta años de luchas y dolores, se logró bruscamente por la ingerencia decisiva del yanqui. Hubo entonces que improvisarlo todo: el Estado, el gobierno, los partidos, la cultura, la vida social. Y todo lo de entonces lleva el sello de una prisa jubilosa, de unos criterios sin afinar ni afirmar: el sello de lo provisional y del "poco más o menos".

Condenar semejante trance sería poner de manifiesto un lamentable idealismo. Las cosas no pasan en la historia como quisiéramos que pasasen, sino como tienen que pasar. Frente a la realidad no cabe sino una actitud: la de aceptarla y comprenderla. Además, ese momento de emergencia del individuo innominado y de improvisación de las formas públicas era, no sólo inevitable, sino también deseable. No se entra en la vida histórica propia sino por la vía de los recuentos y de los tanteos. La jerarquía y la estructuración vienen después.

Durante estos treinta años de República, la crónica ha tenido que ser lo que ha sido—casa abierta a todas, o a casi todas, las aspiraciones de beligerancia suscitadas por nuestra semidemocracia. Colección más que selección. Tarea de incluir, más que de segregar. La vaga conciencia del servicio de relaciones interiores que le incumbía prestar, se ha visto fortalecida en ese sentido de inclusión por la tendencia igualadora, emparejadora que es tan típica de nuestro carácter.

Pero éso y algo más lo dejaremos para otro día.

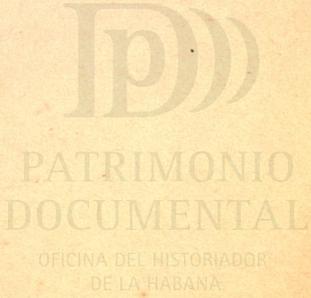
Quint 12/32

G L O S A S

CRONICA y LOTERIA

Para *Julian 32*
Por Jorge Mañach

EN la última de estas divagaciones sobre la crónica social, que ya tocan a su fin, aventuré una justificación histórica de esas columnas hospitalarias y piropas. Después de la independencia, en la fase inevitable de Improvisación por que tuvo que pasar la vida cubana, la Crónica sirvió a la necesidad de dar a conocer y de relacionar entre sí a una nueva clase dirigente, mucho más numerosa que la antigua pseudo-aristocracia colonial. Quien imagine que esa explicación es demasiado recóndita, o "ida a buscar", olvida que las mutaciones sociales y políticas,



por superficiales que parezcan, necesitan hacerse de un ambiente propio y recurren a los más indirectos arbitrios para lograrlo. Fontanills fué uno de los institutores de la nueva vida cubana, a comienzos del siglo.

Por ese servicio de promoción mayoritaria que la crónica representó, se explica, ya suficientemente todo lo que entre nosotros ha tenido de extensa, de enfática, de incluyente. Su misión era, y sigue siéndolo aún, dorar con la purpurina de sus menciones y sus adjetivos a las gentes in-nominadas que se habían ganado un derecho de conocimiento. La crónica ha sido una heráldica de emergencia, para gentes sin blasón. Con cada nuevo ocupante del poder—ya se tratase del poder político o del económico—ha subido al nivel de la atención pública un numeroso cortejo de familiares, amigos y panlaguados, que no hubieran podido hacer bien su papel si la crónica no se hubiera encargado simultáneamente de presentárnoslos en marco dorado, y, a veces, de redimirlos de su pasado.

Pero aparte esa razón social, ya anticipé que había contribuido mucho a determinar el carácter de la crónica en Cuba la psicología permanente y peculiar del cubano. En esta psicología, una de las tendencias dominantes, como es sabido, es la tendencia a la familiaridad. El cubano no se siente cómodo donde no conoce a todo el mundo y es conocido de todos. Se sabe el cuento de aquel grupo de criollos paseantes que, encontrándose una noche en una función de gala en un teatro de París, al ver a otro grupo de cubanos en el palco de enfrente, le dirigió estentóreamente este saludo: "¡Yey, caballería! ¡El ajiaco está a la una!"

Si ese rasgo de nuestra idiosincrasia, la familiaridad, no fuese tan evidente, podrían aducirse mil otras pruebas anecdóticas para demostrarlo. Pero bastaría hablar con cualquier diplomático extranjero que haya residido en Cuba. El nos dirá que ninguna sociedad ha encontrado tan exenta del protocolo de los salones como la cubana; ninguna tan libre de aquella ceremoniosidad ritual que, en otros países, mantiene y multiplica las distancias, conservándole a toda la ordenación social cierto tono jerárquico.

El cubano no es jerárquico. Jerarquía significa escala de valores, y por consiguiente, respetos. El cubano es uniformador, igualitario: es—para emplear su propio vocablo—"parejero". Y, por consiguiente, allanador de todas las distancias y burlador de todos o casi todos los respetos. El choteo se explica por esa peculiaridad de nuestra psicología. Y la crónica, en parte, también.

La crónica, en efecto, ha servido siempre a ese deseo nuestro de familiaridad que se traduce en la frase confiada del cubano: "Aquí todos nos conocemos". En realidad, la crónica, que por definición es embustera, no da a conocer verdaderamente a nadie. La "distinguida" señora, a lo mejor, no tiene más distinción que la de un Packard y una sala con muebles dorados. La "bellísima" demoiselle, muchas veces no es tan bella; ni el caballero tan acaudalado, ni el político tan ilustre, etc. Pero nadie espera veracidad de la crónica, más que en los nombres y en los apellidos. Lo importante es saber quién es quién, no cómo es quién. Toda la crónica está fundada sobre una convención de indulgencia. Y uno de los pasatiempos del cubano, del humor cubano, es medir todos los días la distancia que hay entre los adjetivos de la crónica y las realidades personales a que se aplican.

Por esta ironía más o menos deliberada de la crónica social y porque todos sabemos que sus valoraciones no han de tomarse al pie de la letra, sus juicios no son tan peligrosos como a primera vista parece. Solamente los extranjeros se escandalizan de encontrar en Cuba tantos rangos sublimes. El cubano y el residente saben cuánto hay que descontar de esos pronunciamientos benévolos de la reseña social. Mas, por otra parte, no se resignarían a que la crónica prescindiera de ellos. A pesar de que su ironía es un valor extendido, muchos se guarecen en ella. Aunque sea por un breve momento, la señora de marras se siente de veras distinguida, el caballero se sobrestima acaudalado y la demoiselle un milagro de espiritualidad. Con la crónica, como con el billete de lotería, se compra una ilusión.



9. 52
68

Su mal—también como el de la lotería—es que crea un hábito; un hábito análogo: la especulación. No sé si en Cuba se habrá estudiado a fondo alguna vez los efectos de la lotería sobre la conciencia nacional. Generalmente, los que la condenan se basan en meras razones políticas. Por lo demás, creen que la lotería es perfectamente inocente—un medio lícito de comprar ilusiones. Pero es que el tráfico en ilusiones, como cosa establecida, es fatal para la energética y la educación de un pueblo. Lo que un pueblo necesita es una disciplina de confianza en el esfuerzo propio, y no en el azar. La lotería ha contribuido mucho entre nosotros—como las demás formas del juego—a hacernos creer que la fortuna, y en general todas las reivindicaciones, no son cosas de labrarse y ganarse, sino cosas que bajan del cielo.

Pero hablábamos de la crónica. ¿Qué es ella si no otra forma de especulación? Especulación viene de espejo; falso miraje; el agua falaz donde se contemplaba Narciso alimentando sus vanidades. Así como la especulación lotera nos ha desacostumbrado del esfuerzo ganador y del ahorro, esa otra especulación adjetival de la crónica ha contribuido mucho a desacostumbrarnos de la valoración rigurosa—que es el ahorro de los adjetivos—y a fomentar la ilusión de que el prestigio es cosa fácil y advenediza.

Glosas

BALANCE de la CRONICA

Por Jorge Mañach *Paris*

TERMINEMOS ya, hoy, este moroso balance de los significados y efectos de la crónica social. Si algún lector lo ha encontrado demasiado lato—que casi siempre significa demasiado lato—tenga en cuenta que un tema de éstos no es sino el pretexto de otros muchos temas. La crónica es una institución raigal en la vida cubana, y su proliferación es extraordinaria: echa flores—y sombras—sobre todos los sectores de nuestra existencia. Toda la realidad cubana, o casi toda, se pudiera examinar desde la copa de algunos de estos árboles institucionales que se llaman, por ejemplo: la Crónica Social, el Colegio de Belén, la Lotería, el Teatro Alhambra, el "Diario de la Marina"... Y hay que aprovechar, cuando se nos ofrece, la oportunidad de trepar a un árbol de éstos.

No quisiera haber sido demasiado negativo en todo lo ya escrito sobre la Crónica. He insinuado su justificación histórica, como recurso de la promoción democrática en la fase improvisadora de la vida nacional. Y he dicho cómo la crónica, además de responder a esa necesidad histórica, ha venido respondiendo también a la ley de familiaridad y a la ausencia de sentido jerárquico que rigen nuestro carácter cubano. Finalmente, apunté en el anterior artículo la ironía de la crónica, su indulgencia, la ilusión que en nosotros engendra y el peligro de esa ilusión, comparable al que procede de la lotería como hábito nacional. La crónica busca la improvisación del prestigio, como la lotería busca la improvisación de la fortuna.

Pero al lado de todo esto, habrá que apuntar también, antes de pasar la raya de suma y resta por lo bajo de esas columnas, el servicio práctico que indudablemente nos rinden. Su servicio de calendario de índice, de información, de sociabilidad inmediata. Si la crónica no nos diera la lista completa de las personas de cuenta que están de santo cada día, es natural que nos olvidásemos de muchas de ellas. Las casas de regalos, venderían menos. Se pondrían menos cartas y telegramas; habría menos visitas, etc. La crónica contribuye, pues, a mantenernos más unidos, más conscientes del prójimo; multiplica las obligaciones mutuas; hace la vida criolla más regalaona, afectuosa y suntuaria. Hasta el punto que eso sea un beneficio, a la crónica se lo debemos.

Otro tanto en su haber es que mantiene, no sólo la comunicación y la consideración, sino también la fluidez social. Impide que se formen barreras demasiado rígidas en el seno de una sociedad que no tiene por qué tenerlas. Generalmente, los cronistas son muy



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA